

pedes quedaron con grande estimación del Hermano, y muy pagados de su humilde sinceridad.

Otro medio halló su humildad en orden á su confusión y desprecio, aun para después de muerto; porque habiéndose preparado antes de entrar en la Compañía por espacio de quince días, para hacer su confesión general, la guardaba escrita para dos fines: el primero, para tener recuerdo para satisfacer á Nuestro Señor; el segundo, para tener más á mano el proceso de su vida, testimonio que más le pudiese confundir. Y así, en el tiempo de su última enfermedad, si se hablaba de su virtud, mostrando sentimiento, como si le hiciesen grandísimo agravio, decía á los que así le estimaban, que vivían muy engañados, que él había sido muy malo, como lo podían ver por su confesión general escrita, que allí tenía, señalándoles el lugar donde la podían ver.

No fué menos circunspecto en la guarda de la lengua, que desde que tomó la ropa de la Compañía, en las recreaciones y asuetos nunca se le oyó hablar sino de Dios, y con tal fervor y suavidad, que encendía á los que le oían, reconociendo le había dado Nuestro Señor especial gracia para hablar de Su Majestad, no atreviéndose alguno á introducir pláticas de otras materias delante de él; su mansedumbre y apacibilidad le hacían amable á todos, y á todos les ganaba las voluntades para afervorizarlos en el servicio de Nuestro Señor, principalmente teniendo á su cargo la Prefectura del noviciado, negociaba con facilidad en todos sus novicios la puntualidad en observancias de regla y distribución. No la recabó tan presto de algunos recién entrados, y cuando sentía sobretorcido á alguno, aunque sin causa, para aplacarle pidiéndole perdón, se arrojaba á sus pies.

Empezóle la enfermedad por un corrimiento y tosecilla al pecho, que en breve se le declaró ser asma y paró en ética confirmada. Aplicáronsele con mucho cuidado varios remedios en México, y por último, juzgaron los médicos mudase temple. Súpose en el noviciado la resolución, y codiciosos de sujeto tan angelical, si bien sentidos de tan triste nueva, solicitaron con los de aquel Colegio su vuelta, para poseerle muerto, ya que no le podían gozar por mucho tiempo vivo, y fuese depósito del virginal cuerpo de este siervo de Cristo, la casa donde había renacido al espíritu de la Religión; consiguieronlo, y veinte días después de haber llegado á su noviciado, donde se le acudió como á sujeto tan querido de todos, pasó de esta vida, miércoles, á 15 de Abril, antes de la una de la noche, habiendo recibido muy á tiempo y con gran devoción los Sacramentos de la Confesión, Viático y Extremaunción.

Pocas horas antes que muriese, dijo á los Hermanos enfermeros: «Hermanos míos, quizá será Nuestro Señor servido de llevarme en esta noche.» Palabras que se repararon por tener aún sujeto para muchos días; en todos los de su enfermedad admiró no sólo á los de casa, sino también á los de fuera que le curaban, la paz y serenidad con que moría, que parecía no ser el Hermano Domingo el que se hallaba en aquel trance; y el confesarse para morir, fué como se reconciliaba en su entera salud, porque lo hacía siempre con las veras que si hubiera luego de ir á dar cuenta á Dios. Tan lejos estuvo de turbarse con la nueva de su muerte, que no se hartaba de dar gracias á Nuestro Señor, porque le sacaba de la cárcel del cuerpo; y para despertarle del pesado sueño que le molestaba en los crecimientos de la calentura, no

hallaron remedio ni más suave ni más eficaz los enfermeros, que decirle: «Hermano Domingo, gracias á Dios,» porque al punto despertaba, y con alegre rostro, respondía: «*Te Deum laudamus.*»

Las encomiendas que le daban para la otra vida las admitía y prometía darlas con la alegría y sinceridad, que si se mudara á otro Colegio. En todo el tiempo de la enfermedad, ni en el trance más apretado de la hora de su muerte, sintió la más mínima congoja ó inquietud de conciencia. Todo se ocupaba en hacer coloquios amorosos á Cristo Señor Nuestro y á su Santísima Madre y á otros santos de su devoción; poco antes de morir, dijo repentinamente á un Hermano de los que le asistían, mostrando gran gozo en su alma: «Abra, Hermano, abra la puerta;» y respondiéndole que para qué quería que la abriese, «Abrala, añadió el siervo de Dios, y verá la procesión.» Fué común sentir de los Padres de aquel Colegio, miradas bien las circunstancias, de que sin duda la procesión que vio era de ángeles y santos que había invocado; y en especial, de aquellas almas bienaventuradas que con la rozagante estola de la pureza seguían al Cordero de Dios, que venían para asistirle en aquel trance, y después á acompañarle con glorioso triunfo á la patria celestial, dejando suficientes prendas de que la iba á gozar. Hizo también reparar, que con amarle todos afectuosamente, se hallaron inopinadamente poseídos en aquella hora de un gozo interior tan grande, que por mucho rato embargó las lágrimas y tristeza, venciendo la fe el afecto y el crédito de la virtud del difunto al sentimiento que de su ausencia podían tener. Quedó su rostro sonrosado y más hermoso que en vida; el mirarle consolaba y parecía ver á otro Beato Estanislao; más movidos á valerse de su intercesión que cuidadosos de los sufragios que podían ofrecer por él. Murió este angelical Hermano el año de 1648, y, como queda dicho, está enterrado en nuestro noviciado de Tepotzotlán.

## CAPITULO VII.

### DE LA FELIZ MUERTE

PARA LA CUAL TRAJÓ DIOS NUESTRO SEÑOR Á LA COMPAÑÍA  
AL HERMANO JOSÉ DE COVARRUBIAS,  
QUE MURIÓ AL SEGUNDO MES DE SU NOVICIADO. AÑO 1637.

Porque no sea única y sola la vida y dichosa muerte de los que aun siendo novicios de la Compañía de Jesús dieron excelentes y tempranos ejemplos de virtud, que se sirvió su divina Bondad, como lo esperamos, de premiar con singulares aumentos de gloria; añadiremos aquí, á la vida tan virtuosa y santa del novicio pasado, otra que, aunque mucho más breve, se remató con no menos dichoso fin y muerte que la pasada. Esta fué la del Hermano José de Covarrubias, novicio de no menos de mes y medio de noviciado, y de solos 19 años de edad, de la cual se lo quiso llevar Dios al Cielo. Fué este dichoso manco natural de la muy rica ciudad de minas de plata llamada Zaca-

tecas é hijo de ricos y muy honrados padres, que se le murieron temprano, quedando huérfano de padre y madre nuestro José. Pero él, traído de su noble natural, buena inclinación y asentado juicio que tenía, se vino á México, habiendo estudiado Latinidad en su tierra, para cursar en facultades mayores de Artes y Teología. En ellas aprovechó tanto, que acabado su curso de Artes, se graduó en él con grande lucimiento y aplauso de su maestro y condiscípulos, de quienes, así por sus virtuosas costumbres como noble condición, era amado y estimado. Dió luego principio al estudio de la sagrada Teología, y antes de acabarla, á los dos años de ella, le llamaba Nuestro Señor para la Compañía con particular impulso y vocación. Pero hallándose por otra parte el alentado mancebo con alguna repugnancia para ponerla en ejecución, mandó decir quinientas Misas, pidiendo á Dios le diese esfuerzo para ejecutar su divina voluntad y abrazar el estado á que le llamaba, si así le convenía para su salvación. Haciale guerra el verse mozo de muy buena disposición y parecer, con gruesa hacienda y con esperanza de valer mucho en el mundo, porque junto con la habilidad é ingenio, tenía otros muy aventajados talentos. Batallando, pues, con estos pensamientos, se determinó tener en nuestro Colegio de México unos ejercicios, de los que nuestro Padre San Ignacio divinamente dispuso para hacer acertada elección de estado. Túvulos con tanto fervor y veras, que en ellos, finalmente, se resolvió de atropellar dificultades, y dejándolo todo, entrarse en la Compañía. Pidióla, fué recibido, y llegando al noviciado, volvió á tener otros ejercicios después de su primera probación; en ellos sacó gran satisfacción del estado que había escogido, mostrándose muy agradecido á la merced que el Señor le había hecho de traerle á la Compañía, de la cual iba disponiendo su divina Bondad trasladarle muy presto á la del Cielo. Porque á poco más de un mes, después de haber estado en el noviciado, le dió un fuerte tabardillo que obligó á traerle á curar al Colegio de México, que dista cinco leguas de nuestro noviciado de Tepotzotlán. Fuésele agravando la enfermedad, y llegó el tiempo de darle el Viático y que recibiese el Santísimo Sacramento, y cuando ya le tuvo presente, pidió con singular afecto se le diese licencia para hacer los votos de devoción, ya que Nuestro Señor no quería que cumplierse en este Mundo sus dos años de noviciado. Diósele la dicha licencia, y en presencia del Señor, y antes de recibirle, los hizo con admirable devoción y ternura propia y de los presentes, dando infinitas gracias el Hermano José á Nuestro Señor porque le había concedido, y había dispuesto le cogiese la muerte en el puerto seguro de la Religión, lo cual tenía por prenda de su salvación y bienaventuranza. Ordenó su testamento por ser huérfano y sin heredero forzoso, y como había hecho tanta estimación de su devoción á la Compañía, la hizo heredera de toda su hacienda, en esta forma: que si fuese suficiente y alcanzase para fundación de algún Colegio, se fundase en la parte que quisiese el Padre Provincial de esta Provincia, y si no, se repartiase á la misma Compañía adónde y como pareciese al dicho Padre Provincial. Y á poco rato, que acabó de hacer sus votos y renunciación, entregó su alma en las manos de su Criador, habiendo también recibido el Sacramento de la Extremaunción. Y ésta fué la dichosa muerte de un novicio de la Compañía de Jesús, que no tuvo en la Religión más que mes y medio de noviciado, y se fué al Cielo. Porque con razón pode-

mos llamar dichosa aquella muerte, de quien la admitió con mucha conformidad con la voluntad de Dios, y haciendo dos actos de heroicas virtudes: el primero, haciendo oblación y sacrificio de sí mismo á Dios Nuestro Señor, por medio de los votos de Religión con que liberalísimamente y con singular devoción se dedicó y consagró á Dios el Hermano José de Covarrubias; acto con que juzgan muchos Doctores que queda una alma tan limpia y absuelta de culpa y pena, como cuando acaba de recibir el santo Bautismo; el segundo, fué la renunciación que él mismo hizo de todos sus haberes y bienes temporales, ofreciéndolos á la Compañía de Jesús, que fué lo mismo que ofrecerlos al mismo Cristo, el cual parece que hizo manifestación de haber aceptado esta tan agradable ofrenda y querer luego de contado premiarla; pues en acabándola de hacer con tanta devoción y alegría este fervoroso novicio, se lo quiso llevar á la gloria con tan dichosa y temprana muerte. Esta fué el año de 1637 y está enterrado en el Colegio de México, donde podemos decir que después de muerto está haciendo buenas obras. Porque teniendo muy en su memoria los frutos y beneficios que su alma había recibido en los ejercicios de nuestro Padre San Ignacio, cuando los tuvo para elegir el estado en la Religión de la Compañía, reconoció tan grande provecho en el uso de los santos ejercicios, que deseando que otros lo gozasen, dejó al Colegio de México (donde él los había tenido) una razonable renta para el sustento de los estudiantes de aquellos estudios, que se quisiesen recoger entre año algunos días á ejercitarse en obra de tan grande utilidad y devoción; tanto como esto fué lo que quedó este santo mancebo aficionado á los ejercicios de nuestro Padre San Ignacio. Y aunque la Compañía, después de muerto el Hermano José, deseó que se cumplierse su última voluntad, de que se fundase algún Colegio con su legítima, pero por pérdidas que había tenido su administración y malas cobranzas, no pudo ponerse en ejecución esta obra. Pero eso no obstante, de la parte que se pudo cobrar, se hicieron limosnas á Colegios pobres de la Provincia y se ordenó que todos los Padres Sacerdotes de ella cada uno le diese cinco Misas, y los Hermanos otros tantos Rosarios, como por insigne benefactor de la Compañía. Aunque según fué de dichosa su muerte, también se entendió no necesitaría de estos sufragios.

Y aunque pudiéramos añadir aquí las dichosas muertes de otros Hermanos nuestros, estudiantes, que en la flor de su juventud los quiso Dios Nuestro Señor trasplantar del jardín de la Religión de la Compañía de Jesús en la Tierra, á la del Cielo; però contentámonos con lo aquí escrito, por no alargar esta historia y por dar lugar á las ejemplares vidas de Hermanos nuestros que en el grado de Coadjutores temporales, habiendo trabajado y servido á Dios en la Religión, pasaron á gozar del premio de esos trabajos y cargados de merecimientos al Cielo.

## CAPITULO VIII.

VIDA Y DICHOSA, AUNQUE TEMPRANA MUERTE,  
DE UN MANCEBO NOBLE,  
HERMANO NUESTRO, LLAMADO DIEGO DE MONTALVO.

Nació y crióse el Hermano Diego de Montalvo en la ciudad de México, de muy noble linaje por parte de su padre, descendiente de la casa de los Duques de Feria; y por parte de madre, de un caballero muy principal, que fué Gobernador de esta Provincia de Yucatán. Su abuela fué una señora que, cuando fundó la Compañía su Colegio en Mérida, ella, con su grande caridad, los sustentó por tiempo de siete años. Dispuso Dios Nuestro Señor que tuviese principio la vida espiritual del Hermano Montalvo, en la Religión donde había de alcanzar sus mayores aumentos de virtud y la dichosa muerte, aunque temprana, que en ella alcanzó. Sus padres, con nobles respetos, inclinaronle á toda virtud, sintiendo que desde sus muy tiernos años le tiraba la divina vocación á la Compañía de Jesús; y alentaba el joven D. Diego estos buenos deseos con muchas devociones que ya en esa edad tenía, porque confesaba y comulgaba cada ocho días; añadiendo á estas confesiones y comuniones ordinarias, las extraordinarias de todas las fiestas de Cristo Nuestro Señor y de la Santísima Virgen, su Madre. Disponíase para ellas y otras devociones que tenía, con muchas disciplinas que tomaba y cilicios que muy á menudo se ponía, valiéndose en secreto, para estos ejercicios, de un Religioso que le daba estas armas espirituales, para que, aunque novel en la vida espiritual y casi religiosa, se fuese haciendo á las armas para el tiempo en que la había de profesar.

De estos buenos empleos en sus tiernos años brotaban cada día en su alma nuevos y eficaces deseos de servir á Nuestro Señor en la Compañía, sin que fuesen poderosas á detenerle, algunas dificultades que los que le amaban y estimaban le ponían delante, atropellando por todas su declarada devoción. Cuando le proponían los peligros de pasar la navegación que hay de Yucatán á la Nueva España, el apartarse tantas leguas de su amada patria y de sus padres, que tanto le querían, siendo lo más posible (como sucedió) el no haberlos de ver más en toda su vida, y añadirse á esto el haber de perder la renta que, como á mayor, le venía de derecho; á todo respondía con una fervorosa resolución, que nada de estas ni otras razones le hacían fuerza, porque si se apartaba de sus queridos padres para nunca más haberlos de ver, por amor del Señor que le llamaba, el mismo Señor le daría en la Compañía una muy buena Madre y muchos Padres y Hermanos de los que ella alimenta con singular amor y caridad. A lo de la renta, que no era menos que de tres mil quinientos pesos cada año, varias veces se le oyó repetir: «¿Qué más renta puedo yo querer que morir en la Compañía, donde confío en Dios que me ha de dar una buena muerte?» Respuesta bien acertada, pues la herencia y mayorazgo perdido en la Tierra, se recupera y mejora con la herencia di-

chosa de un Reino eterno, que por medio de una buena muerte se alcanza. Dejando, pues, D. Diego de Montalvo su tierra, sus deudos, sus padres y hermanos, y con el corazón todas las promesas que le podía ofrecer el Mundo, se embarcó para la Nueva España, adonde habiendo llegado, informados los Superiores de sus buenos deseos y agrados de los santos intentos con que de su tierra venía, le enviaron al noviciado de Tepetzotlán, donde desde luego se mostró muy diligente y observante novicio. Amoldóse sin dificultad ninguna al Instituto de la Compañía; acomodábase á todo lo que se le ordenaba sin hallar que fuese menester hacerse violencia en los ejercicios religiosos de aquel tiempo, procediendo en ellos como si le hubiesen sido familiares toda su vida. Ayudaba á esto su natural compuesto y dispuesto con la devoción que Nuestro Señor le comunicaba, y él procuraba lograr, siendo liberal con el mismo Señor, que tan liberal se le mostraba. Añadía á los ejercicios ordinarios del noviciado, otros que le dictaba su fervor, y cuando hallaba algún rato desocupado, rezaba todos los días el oficio mayor de los difuntos, fuera de las horas menores de la Santísima Virgen; y no era mucho que los rezase siendo novicio, pues aun cuando seglar, era tan inclinado al oficio divino, que por sola su devoción, y por mucho tiempo, rezó todos los días el oficio mayor, que por obligación rezan los Sacerdotes. Andaba muy puntual en sus distribuciones, nunca faltando á las mortificaciones secretas y públicas, manifestando muchas veces sus faltas al Superior, para mejor vencerse; y finalmente, los que fueron sus conovicios, atestiguaban que siempre procedía con singular edificación el Hermano Montalvo.

No olvidó la devoción en el tiempo de sus estudios, comenzándolos por orden de los Superiores antes de haber acabado su noviciado, acreditándole su virtud para salir, antes de hacer sus votos, al Seminario para reformarse en latinidad, que supo con ventajas, y ayudábase para esta facultad la muy feliz memoria de que Dios le había dotado. Hechos sus votos, que cumplió con tal exacción que nunca se le notó falta contraria á ellos, pasó al Colegio de México, donde se le ofreció una mortificación que, llevándola con mucho rendimiento, mostró bien la puntualidad de su obediencia. Porque siendo conveniente enviar al Colegio de la Puebla un estudiante que oyese el curso que allí se daba principio, mandándole al Hermano una mañana que dejase el curso que ya había comenzado en México y se partiese á oír el de la Puebla, que de nuevo se comenzaba, se despachó con tanta presteza, que en menos de media hora, y sin muestra de repugnancia ni proposición que hiciese á los Superiores, se partió á cumplir su obediencia, no obstante que estaba naturalmente inclinado y muy contento de oír el maestro que tenía en México, á quien miraba con especial respeto, por haberlo sido suyo en el Seminario; y en este particular se le ofrecieron otras mortificaciones que él ofreció á Nuestro Señor con mucha paciencia. Volvió de la Puebla, por orden de los Superiores, á México á oír la Física, habiendo dado tan buena cuenta de sus estudios, y quedando tan satisfechos los maestros que le examinaron, que lo juzgaron por digno de que tuviese un acto público, como lo tuvo al principio de su tercer año, con grande lucimiento.

En todo este tiempo de sus estudios procedió con grande Religión y ejemplo de virtud. Su trato era agradable, comedido y cortés con

todos; valiéndose de la buena gracia de que Nuestro Señor le había dotado, granjeaba los ánimos de aquellos con quienes trataba, siendo no pequeña muestra de su humildad el desear servir á todos. Vivía el muy devoto Hermano con tanto cuidado de los ejercicios espirituales, que otro Hermano que fué su compañero de aposento, confesaba de sí mismo, que si alguna vez por fragilidad humana se olvidaba de algunos de devoción que él usaba, el Hermano Diego, con su diligencia, le afervorizaba, de suerte, que mirando aquella exacción y cuidado, se hallaba reprendido y confuso. Su oración siempre era de rodillas, previniendo los puntos la noche anterior; sin que en esto, ó en dejar su Rosario, exámenes ni el Oficio de la Santísima Virgen, todo de rodillas, le advirtiese su compañero una sola falta. Piedra de toque fué también en que mostró los quilates de su devoción el Hermano Montalvo, que habiendo venido un hermano suyo á México, movido de su buen ejemplo, á ser de la Compañía, y habiendo dejado la Religión después de algún tiempo de noviciado, por achaques que sobrevinieron, el Hermano Diego de Montalvo, aunque le amaba tiernamente, no se movió un punto de su vocación, antes hablando de esto con alguno de sus condiscípulos, les dijo: que aunque le quitasen los estudios y le dejasen en cualquier estado ínfimo de la Compañía, viviría muy contento en ella, porque él no deseaba otra cosa sino que le cogiese la muerte y el fin de su vida en la Compañía.

Qué mucho que alcanzase estas resoluciones quien traía muy de ordinario en su memoria la consideración de la muerte; y para que Nuestro Señor se la diese buena, rezaba todos los días el Rosario de la muerte; y para que ésta fuese en la Compañía, saludaba todos los días con una Salve á una Imagen de Nuestra Señora de Loreto que hay en la capilla del Colegio, en el tiempo que él vivía. Y parece que Nuestro Señor iba disponiendo para este trance al devoto Hermano, porque muchos días antes, andando en estos pensamientos, dijo á algunos amigos que tenía por averiguado que al primer tabardillo que le diese, moriría. Envióle Dios esta enfermedad pocos días después que fué enviado al Colegio Seminario de San Ildefonso de México, por ser sujeto muy á propósito para ayudar con su virtud y ejemplo á los colegiales que en él había; pero Nuestro Señor no quiso aguardar más para premiarle los merecimientos de su ejemplar vida. Y luego que aquí se sintió herido, aunque siempre había sido muy cuidadoso de su aprovechamiento en toda virtud, se dispuso de nuevo con grandes veras para la muerte, persuadido que no había de escapar con vida de aquella enfermedad; y así, en todas las oraciones que hacía á sus santos abogados, les rogaba le alcanzasen de Nuestro Señor aquello que fuese de su mayor servicio y gloria, ó muerte ó vida, pues él estaba indiferente para lo que Su Majestad ordenase de su mayor servicio. Recibió todos los Sacramentos necesarios para este trance, y con notable devoción y afectos prorrumplía muy á menudo en fervientes jaculatorias; y estando ya casi muerto, y cuando pensaban los que le asistían que expiraba, levantaba cuanto podía la voz, aunque ya desmayada, haciendo grandes actos de contrición y amor divino, prosiguiendo con mucha devoción por algún rato, diciendo palabras devotas ú oraciones que se le apuntaban. Hasta que, finalmente, vencéndole del todo la fuerza de la enfermedad (que desde el principio se declaró mortal), le quitó la vida á los 26 de Diciembre del año de 1642, dejando en sus

religiosas virtudes fieles prendas, que si perdió aquesta vida transitoria, ganó la bienaventurada y eterna. Murió á los 20 años de su edad y 6 de la Compañía, habiendo sido á Dios no menos agradables las flores de su vida, que los frutos de alguna ancianidad bien empleada, sirviéndose el Señor de todos como dueño absoluto de la vida, y que todo tiempo y edad la sabe sazonar con su gracia para la gloria.

## CAPITULO IX.

VIDA DEL DEVOTÍSIMO Y ESPIRITUAL HERMANO  
FRANCISCO VILLARREAL,  
QUE SINGULARMENTE SE EMPLEÓ EN ALABANZAS DIVINAS,  
SIENDO COADJUTOR TEMPORAL  
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS. AÑO DE 1600.

### § I.

*De su entrada en la Compañía.*

*Oficios humildes y especialísima oración en que se ejercitó.*

La excelencia de virtudes de este gran siervo de Dios nos obliga á dilatarnos en ellas más que lo ordinario, porque verdaderamente respandecieron en él tan singulares dones de la divina gracia, que edificaron notablemente y fueron muy conocidos en nuestra Provincia de Nueva España, donde habiendo sido el primer Hermano de la Compañía que pasó á ella, consumó en ella el curso de su santa vida, esparciendo suavísimo olor de sus esclarecidas virtudes. Nació el Hermano Francisco de Villarreal en el pueblo de Madrid, del Arzobispado de Toledo, de padres honrados; y su ocupación en el siglo, antes de entrar en la Compañía, fué ser oficial mayor de Secretario en la Real Cancillería de Granada, y en este estado siempre se empleó en ejemplos de virtud y cuidado del divino servicio. Hasta que el año de 1558, movido de los sermones del P. Bautista Sánchez, hombre verdaderamente apostólico, que á la sazón allí predicaba con extraordinaria acepción y fruto de las almas, entre otros setenta y tantos que de ciertos sermones suyos se movieron á entrar en diversos Religiones (cabiendo buena parte de ellos á nuestra Compañía), fué uno el Hermano Francisco de Villarreal, que con dichoso acierto fué admitido en ella el año de 1559, dando desde luego muestras de rara virtud y mortificación. Tuvo mucho tiempo oficio de traer ladrillo para la Iglesia y casa de Montillas; su traje era de una sotana parda que llegaba no más que á las rodillas, y sobre ella un capotillo de dos haldas, con un sombrero muy ordinario, andando siempre tras de una recua de mulas en que traía el ladrillo. En estos y otros semejantes ejercicios de mortificación gastó siete años en Andalucía, hasta que el de 1566, á